

LA UNIVERSIDAD DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS: SU IDENTIDAD Y ESPIRITUALIDAD.

(Elementos para su construcción)

David Fernández Dávalos, SJ

Seminario AUSJAL sobre Identidad, Espiritualidad y Universidad

Universidades Mexicanas

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Septiembre 2005

I. Introducción

Agradezco a los organizadores de este encuentro la oportunidad que me han dado de comentar con ustedes un tema recurrente en nuestras reflexiones y, por tanto, difícil de abordar con novedad u originalidad. No son estas características, entonces, las que pretendo ahora para mi discurso, sino las virtudes de la síntesis y la precisión. Luego de una experiencia de poco más de tres años como Asistente de Educación de la Provincia, y después de mi experiencia como rector del ITESO quiero exponer ahora lo que me parece no negociable y central en nuestra propuesta educativa superior, así como la traducción que hemos venido haciendo de ello en nuestras universidades concretas. Por supuesto, me ayudaré también de algunas reflexiones del P. Kolvenbach, como exponente conspicuo de la postura de la Orden. Al final de mi exposición tendremos espacio para conversar sobre el tema.

II. La opción de la Compañía por la Educación

Como ustedes saben, la presencia de la Compañía de Jesús en el apostolado universitario arranca con el propio Ignacio de Loyola, pero de un modo muy peculiar, con un poco de retraso respecto de otros apostolados. En efecto, la Compañía nace en un medio universitario -la universidad de París-, pero no para fundar universidades y colegios, sino para ser una institución "peregrina y pobre". Con todo, a la muerte de Ignacio ya había 30 colegios, ¿por qué? Si Ignacio introduce este apostolado educativo como propio de la nueva Orden es impulsado por "su deseo de servir", como consecuencia del *Magis*, es decir, de la búsqueda de la mayor gloria de Dios, en discernimiento y en respuesta a los desafíos de la realidad.

Dicho de otro modo, el apostolado intelectual y educativo es, para la Compañía de Jesús desde sus inicios, no un fin en sí mismo, sino un medio para el "servicio de las almas", y para el "bien más universal". Y se ha de usar de él "tanto cuanto ayude al fin para el que somos criados".

En el corazón de la Compañía está, pues, la disponibilidad apostólica para asumir cualquier ministerio que exija la Misión. Es ésta la que ocupa el centro de la vida y la identidad de cualquier apostolado o institución jesuita, y es ella el baremo o norma crítica para valorar cualquier labor que se realice.

Hoy por hoy, la misión común que da sentido y unidad a todos los esfuerzos apostólicos de la Compañía de Jesús, sigue siendo la del servicio de la fe y la promoción de la justicia, más allá de la acepción cultural y en diálogo interreligioso. Y ese queremos que sea el eje articulador de todos nuestros ministerios, y la razón última de nuestro apostolado en el campo de la educación. Sirviendo a la fe y a la promoción de la justicia en la escuela y la universidad, podremos descubrir nuevos horizontes y nuevos campos de investigación, enseñanza y vinculación social, contribuyendo así a la transformación de la sociedad en busca de niveles más profundos de justicia y libertad.

III. Las finalidades de la educación superior

Con todo, Ignacio y los jesuitas siempre hemos sabido que un colegio es un colegio y una universidad es una universidad; es decir, que tienen finalidades y reglas del juego que le son propias. No son meros instrumentos manipulables a los que se pueda desnaturalizar con impunidad. Así, desde su propia identidad jesuita y en el marco de la misión fe - justicia que le es propia, la universidad de la Compañía de Jesús comparte las finalidades de cualquier universidad, pero hondamente cualificadas por la espiritualidad que las anima y por la identidad institucional que las sostiene.

De esta manera, las finalidades de una universidad llevada por la Compañía de Jesús son, sí, la enseñanza, la investigación y la difusión, pero con alta calidad académica, con un hondo compromiso social y con una pedagogía propia, que hemos dado en llamar ignaciana. Expondré brevemente cada una de estas finalidades y los rasgos que las cualifican.

La enseñanza

En primer lugar nuestras universidades existen para preparar integralmente a hombres y mujeres que quieran desarrollar su existencia al servicio de los demás, especialmente al servicio de las mayorías desfavorecidas.

Esta finalidad -se advierte a primera vista- resulta, de alguna manera, contracultural en los días que nos han tocado en suerte.

Efectivamente, el pensamiento hegemónico, la ideología y el imaginario dominantes, proponen una idea de ser humano y de sociedad contrarias a las que nosotros deseáramos fortalecer. La ideología del libre mercado irrestricto ha reducido el mundo humano a una jungla globalizada, cuya ley fundamental es la supervivencia de los más preparados, de los más astutos y agresivos competidores. Nuestros estudiantes y sus padres comparten esta visión y acuden a la universidad para ser equipados en lo profesional y en lo técnico para poder competir así en ese mercado. El éxito que esperan, entonces, es el de los ascensos sociales y los resultados lucrativos.

De esta manera, todas nuestras universidades están sometidas a una presión brutal para optar decididamente por este tipo de éxito, y por esa concepción de sociedad

y de ser humano.

No podemos, sin embargo, traicionarnos, y acceder sin más a las presiones de un mundo desconcertado y que, como nunca, se enfila hacia el despeñadero.

A lo largo de más de 450 años la Compañía de Jesús ha buscado educar a la persona completa, con todas sus dimensiones integradas, tanto la parte racional como la afectiva, la psicológica como la física, la espiritual como la profesional. Ceder hoy sin más al embate del mercado equivale a mutilar esta historia y mutilar también al ser humano. Porque sabemos que la persona completa de hoy y de mañana no puede serlo sin una conciencia instruida de la sociedad y la cultura, y sin una genuina y profunda preocupación por el mundo y por los demás.

Por esta razón, la enseñanza en nuestras universidades tiene que ser integral, y en solidaridad con quienes más lo necesitan. Planteado de manera negativa, no puede ser exclusivamente profesionalizante, ni enfocada al "éxito" social, entendido éste como mero rendimiento económico o como supremacía social por encima y a costa de los demás.

Como señalara el P. Kolvenbach, cuando habló a las universidades estadounidenses:

"Los estudiantes a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos"¹

Es necesario fomentar entonces, dice él, una compasión inteligente, responsable y activa, que es la única compasión que merece el nombre de solidaridad.

Así, el criterio con el que se han de evaluar nuestras universidades y todas nuestras instituciones educativas, es lo que nuestros estudiantes acaben siendo y la responsabilidad con la cual trabajen en el futuro en favor de sus prójimos y de su mundo, en el desarrollo de una profesión socialmente útil y relevante.

Consecuentemente, nuestro modelo universitario ha de favorecer, tanto curricular como co-curricularmente, lo mismo la formación integral como la solidaridad con los

¹ **Kolvenbach, P. H.** *El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos.* en **La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del Carisma Ignaciano**, Ed. SEUIA-ITESO, México, D. F., 2001. P. 52

pobres y los excluidos.²

Desde un punto de vista operativo, esta característica de nuestra enseñanza hace que las materias y los profesores del Área de Reflexión Universitaria sean altamente prioritarios. Ni pueden aquéllas ser superficiales, ni estos ser improvisados. Las áreas de Deportes, además, deben de formar parte de las direcciones encargadas de la formación integral de los estudiantes y orientarse hacia este fin. Experiencias significativas de servicio social integral, de semestres de campo, de contacto directo con la realidad real deben ser grandemente favorecidas en el transcurso universitario de nuestros alumnos y alumnas.

Ultimadamente la pretensión es elevar la sensibilidad social de los universitarios y posibilitar que actúen en consecuencia. Por eso, toda dinámica que aliente a la universidad a ir hacia la realidad y a la realidad a acercarse a la universidad, habrá que favorecerla.

La investigación

En segundo lugar, nuestras universidades existen para investigar la realidad y poder ofrecer así una palabra instruida, libre y esperanzada para su transformación, en bien de quienes más la padecen.

Las víctimas de lo real, quienes padecen el actual estado de las cosas, requieren que alguien dé forma a sus aspiraciones, a sus gozos y sus sufrimientos. Y ésta es la vocación de toda universidad confiada a la Compañía de Jesús.

La investigación que, poca o mucha, se realiza en nuestras instituciones de educación superior, debe ser, como decía Juan Pablo II, "rigurosa en su racionalidad, firmemente enraizada en la fe y abierta al diálogo con todos los hombres de buena voluntad".³ Pero, además, en tanto que universidad jesuita, ha de tener como materia central la realidad históricamente considerada, y más precisamente la realidad nacional históricamente considerada. Esto, con la finalidad de poder ofrecer una palabra crítica y cuajada de proposiciones para la transformación del país y sus regiones, junto con y en beneficio de los empobrecidos y los marginados.

Sin ser inadecuadamente pragmáticos, ante la investigación que hacemos, siempre tenemos que preguntarnos con honestidad "en favor de quién y en favor de qué" se realiza.

² Hay distintos procesos de exclusión social a los que nos referimos. Su categorización varía según la teoría de que se trata, pero estamos considerando centralmente la exclusión socioeconómica, la sociocultural y la socio vital

³ **Juan Pablo II**, Mensaje a la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Milán, 5 de mayo de 2000. Citado en **Ibidem** P. 53

Porque no se trata, por cierto, de hacer investigaciones aisladas y abstractas, sino interdisciplinarias y aplicadas. Toda universidad es un diálogo institucionalizado de personas y de conocimientos. Una visión completa y suficientemente compleja de lo real sólo puede alcanzarse mediante una síntesis verdaderamente inteligente y creativa de las distintas disciplinas. Y al respecto, vale la pena caer en la cuenta de que cada una de nuestras universidades y el conjunto de las que componen el Sistema Universitario Jesuita (SUJ), están en una situación privilegiada para impulsar ese diálogo y esa síntesis: contamos ya un objeto de conocimiento común (la realidad nacional); tenemos una perspectiva también común (la de las mayorías); sostenemos unas opciones éticas compartidas (para construir una sociedad más justa, equitativa y solidaria); y avanzamos ya hacia la construcción de un análisis o diagnóstico compartido de los sectores de la realidad que nos interesan (lo estamos haciendo en educación, pobreza y exclusión, derechos humanos, movilidad de las personas, pueblos indios, entre otros). Estamos en una situación absolutamente ventajosa para hacer lo que deseamos, en relación con todos los demás actores nacionales, y más específicamente si miramos hacia el horizonte de la educación y la investigación superiores.

El punto central, con todo, es asegurar que las necesidades reales de los pobres encuentren su sitio en la investigación que realiza la universidad. Y para esto, se requiere la convergencia de la universidad con todos aquellos que trabajan entre los pobres y marginados, en la búsqueda de la justicia. Particularmente se necesita la colaboración con los proyectos del apostolado social jesuita (con indígenas, campesinos, migrantes, obreros, personas con VIH o SIDA, por los derechos humanos, en salud popular, alrededor de la problemática de género, etc.) Así como los estudiantes necesitan del contacto con los pobres para aprender y transformarse a sí mismos, de igual manera se requiere que los profesores e investigadores compartan vitalmente con el sector social de nuestra Provincia jesuita. Si lográramos que nuestros profesores e investigadores optaran por el diálogo interdisciplinario y por la investigación socialmente comprometida en colaboración con el apostolado social de la Orden, haríamos converger, coincidir, la enseñanza universitaria con la investigación en la medida en que el personal académico de la institución sería realmente ejemplo y modelo del tipo de conocimiento que es servicio, modelo a seguir por nuestros estudiantes.

Adicionalmente conviene también decir que sólo colaborando con aquellos que trabajan en favor de la democracia y la justicia podremos dar una palabra verdaderamente oportuna y esperanzada hacia la construcción del país y de mundo que necesitamos.

Es para congratularnos lo que hemos avanzado como Sistema Universitario Jesuita en los Campos Estratégicos de Acción (CEA) en materia de investigación en torno a los temas de educación, pobreza y exclusión, y diálogo fe-cultura. Sin duda caminamos por el sendero correcto. Sin embargo, todavía es insuficiente; como absolutamente deficitaria es todavía nuestra colaboración con los trabajos sociales de la

Compañía en México, por más que estemos en las coordinaciones que existen sobre migración y derechos humanos. Es cierto que empiezan a surgir algunas colaboraciones más enriquecedoras y puntuales, como las del ITESO en los proyectos de Fomento Cultural en el Sureste, o la las Iberos Puebla y Ciudad de México con la misión tseltal, o más recientemente, en el diagnóstico de la situación ecológica en Tabasco, proyectado a realizarse con el auxilio del ITESO y la UIA Ciudad de México. Sin embargo, desgraciadamente no encuentro todavía una actitud institucional espontánea y generosa para establecer relaciones de colaboración en las que todas las partes podrían salir ganando, especialmente nuestras universidades, al obtener mayor legitimidad y validar así el sentido y la razón última de su existencia. Es decir, algo nada menor o accesorio.

La vinculación o difusión social

En tercer lugar, nuestras universidades existen para que ellas mismas transformen la realidad, en tanto que actores sociales.

Esta es, llámese como se llame (difusión, vinculación, compromiso social...), la tercera función sustantiva de toda universidad: transferir sus conocimientos a la sociedad, vincularse con los distintos actores sociales, para hacer de la realidad una realidad mejor, más humana y más justa.

El Padre Ellacuría tenía razón al entender a la universidad como una fuerza social. Lo es, y así debería de comprenderse. Específicamente, en tanto que universidad de la Compañía de Jesús, queremos asumir conscientemente esta responsabilidad y convertirnos entonces en una fuerza en favor de la fe y de la justicia. Sabemos que vivimos dentro de una realidad social peligrosamente desigual e injusta, y queremos iluminarla con la inteligencia universitaria; deseamos emplear todo el peso de la universidad para transformarla.

Por esto mismo, dice el P. General, nuestras universidades tienen razones mucho más fuertes, mucho más útiles y diversas a las de otras instituciones universitarias o de investigación, para ir al mundo con nuestro conocimiento y nuestro poder. Se trata, ni más ni menos, de ayudar a rehacerlo a la luz del Evangelio.

Por esto, creo que cada universidad tendría que tener por los menos algún proyecto de relación directa con comunidades populares y de servicio a los pobres. Lo que se está haciendo en León con los Centros de Servicios Comunitarios, en el ITESO con sus proyectos en el sur de Jalisco, en Tijuana con todo el entorno popular de la Universidad, en Puebla con los pueblos indios de la sierra norte, la creación misma del Centro de Estudios Ayuuk por todo el SUJ, y el proyecto que en la Ciudad de México se está planeando para atender la zona pobre de Santa Fe, van en la dirección que deseamos.

Pero, además, habría que vincularse con otros actores sociales para generar procesos de transformación de la realidad. Por ejemplo: hacer nacer y apoyar pequeñas y

medianas empresas; fortalecer procesos orgánicos de la sociedad civil democrática; impulsar proyectos de ley en favor de la justicia y la inclusión; realizar campañas de conciencia entre toda la población en relación con temas fundamentales; empujar la reforma del Estado, son todas tareas posibles en tanto entremos en relación con los grupos y sectores sociales pertinentes.

Lo importante de subrayar es que estos son también espacios y proyectos universitarios: en ellos se prueba y aplica el conocimiento universal; en ellos se genera nuevo conocimiento; por ellos se transmiten los saberes a la población en general. En virtud de este tipo de vinculaciones, la universidad realiza su vocación original de ser la inteligencia de la sociedad; no sólo custodia de lo viejo, sino generadora de esperanza y de proyecto de futuro para todos.

IV. La calidad académica

Es constitutivo del modelo educativo jesuita el pretender y alcanzar una alta calidad académica, que pueda ser competitiva en el mercado de la educación superior pero, sobre todo, que capacite verdaderamente a nuestros alumnos y alumnas a enfrentar los desafíos de la existencia y del mundo con suficiencia y con capacidad.

Esta calidad académica suele ser confundida por el mercado con la exigencia académica sobre los alumnos (entre más agobio, mayor calidad) o, incluso, con costo de las colegiaturas (mientras más caro, mejor) Para nosotros, en cambio, calidad académica es, antes que nada, pertinencia social: transmitir, construir, gestionar, conocimientos que tengan que ver con la concreta realidad socio-profesional de la carrera, con la particular realidad sociopolítica del país, y con el proyecto de futuro de nuestros pueblos. Una universidad de calidad es, entonces, aquella que es pertinente para el entorno, para su contexto concreto, desde un saber riguroso, avanzado y flexible.

Me explico un poco más ampliamente:

La calidad académica comprendida como pertinencia social plantea, entre otras cosas, una serie de exigencias que no hay que pasar por alto:

- Implica eludir en la universidad los peligros de la disgregación organizativa o de la desintegración del saber. Efectivamente, hoy con la creciente especialización el saber académico se dispersa y se aísla de otros conocimientos, hasta llegar a una absurda fragmentación que no nos permite conocer la realidad, sino sólo aspectos parciales de la misma. Ante esto, nuestras universidades reconocen el derecho de cada disciplina a desarrollarse con libertad, pero cuidan de alentar el

dialogo interdisciplinario, fiel a la unidad del saber universal, al servicio de la realidad real y no de una ciencia en particular⁴.

- Implica, en seguida, iluminar con la reflexión académica, incluida la reflexión teológica, la problemática que la realidad circundante lanza a la universidad, así como los conocimientos que se procesan a su interior. Una universidad reflexiona sobre el sentido, los valores y las referencias que le permiten situarse y actuar en nuestro mundo, formando agentes de cambio de la sociedad humana, procurando privilegiar en su reflexión y en su acción el punto de vista de los más pobres y marginados. Recordar que la universidad es para la sociedad, no para sí misma; de suerte que interpele a la sociedad y se deje interpelar por esta. La universidad de la Compañía está abierta a las realidades sociales y pretende ser una respuesta a las necesidades de toda la sociedad, no solo del mercado.
- Implica, en tercer lugar, tener delante de sí el desafío radical de la justicia. La implicación de la justicia en la calidad académica de nuestras instituciones no es un añadido extraacadémico, sino una dimensión esencial de ella. Porque no se trata, como dice el P. Kolvenbach, de elegir entre excelencia académica o servicio a los pobres. Se trata de que ambos objetivos se exigen mutuamente, como consecuencia de la misión evangelizadora de la universidad y de su compromiso de honestidad con lo real.
- De manera lógicamente derivada, la calidad académica que exigimos, supone que la universidad funcione adecuadamente, en torno a expectativas y exigencias elevadas, tal cual han sido formuladas por el Consejo Académico del Sistema en el documento sobre los Indicadores de Calidad: que los profesores asistan a clases, que entreguen su programa, que evalúen conforme a lo planteado originalmente, que preparen sus clases, que estén actualizados, que hagan trabajar productivamente a sus alumnos, que estos últimos dediquen tiempo suficiente al estudio y que participen activamente en las sesiones en el aula, que haya experiencias de campo significativas, servicios profesionales retadores, que los laboratorios sean suficientes y pertinentes, que haya procesos de internacionalización de la universidad, intercambios académicos, foros y conferencias, buenas publicaciones, etcétera. Pero todo esto, hay que repetirlo, son condiciones de posibilidad para alcanzar la calidad académica institucional que es verdaderamente relevante. Aquella de la que hemos hablado a lo largo de toda esta exposición.

V. La pedagogía ignaciana

En la entraña de nuestras universidades se encuentra una espiritualidad: la de Ignacio de Loyola. Por esta espiritualidad miramos al mundo y a su trascendencia: lo sabemos preñado del mismísimo Dios, caminando hacia la recapitulación de todo en Cristo. Por

⁴ Kolvenbach, P. H., *Discurso en la Universidad Católica de Córdoba (Argentina), con ocasión de la inauguración de la sede rectoral*. 12 de noviembre de 2001. Mimeo.

esta espiritualidad nos sabemos portadores de una misión salvífica y liberadora. Por esta espiritualidad valoramos positivamente las realidades humanas, como redimidas pero también perfectibles.

Pero, además de estar presente como inspiración, orientación, ideario, la espiritualidad ignaciana ha de inspirar nuestros procesos educativos y, particularmente, nuestra pedagogía.

Esto es así porque la espiritualidad del padre Ignacio involucra un proceso de apropiación gradual de la totalidad de lo real, es decir, un proceso pedagógico. De hecho, lo que San Ignacio realizaba con sus Ejercicios Espirituales y con el acompañamiento espiritual que hacía, era desarrollar un proceso de apropiación cognitiva, afectiva y espiritual del mundo y de Dios en él.

En el plano correspondiente, pero este es el proceso que pretendemos desatar en nuestros estudiantes: el proceso de apropiación de lo real, incluida su dimensión trascendente. Esto involucra una pedagogía particular: la que proviene de Ignacio de Loyola.

Esta pedagogía la hemos sistematizado en la Compañía de Jesús como integrada por cinco dimensiones o aspectos, a saber: la contextualización, la experiencia, la reflexión, la evaluación y la acción transformadora. Pero independientemente de cómo se sistematice y categorice esa pedagogía espiritual del padre Ignacio, en nuestros procesos educativos no podemos excusar la ausencia de todos y cada uno de los elementos enunciados. Aunque no sea fácil tener una pedagogía personalizada en las instituciones educativas de la Compañía de Jesús en México, dado su tamaño y complejidad, la formación de nuestros alumnos y profesores tiene que involucrar la inteligencia racional, la inteligencia afectiva y la inteligencia espiritual; ha de pasar por la experiencia vital – como ha quedado dicho-, y ha de involucrar la distancia crítica de esta experiencia; ha de ser adecuada al mundo de hoy y al contexto propio de cada una de las personas que se forman; ha de ser evaluada a lo largo del aprendizaje –vale recordar con Barthes que el sentido del relato no está al final del mismo, sino en el mismo relato–, y finalmente, ha de conducir a la acción que busca transformar positivamente la realidad.

Todo este conjunto, el dinamismo a que da origen, la fuente epistemológica y metafísica de la que arranca, constituyen la pedagogía ignaciana. Y repito: no nos interesa cómo se llame o la manera en que se fundamente nuestra pedagogía educativa; nos interesa que existan estos componentes. Porque, bien mirado, pedagogía ignaciana y modelo educativo jesuita son prácticamente sinónimos, según el aspecto desde el cual se considere a nuestras instituciones educativas.

VI. La colaboración laicos y jesuitas

En el documento “Principio y Horizonte de nuestra misión en América Latina”, los

Provinciales de la región señalan que los nuevos desafíos de la época exigen de la Compañía de Jesús un nuevo modo de asumir la misión y los modos de gobierno en todas nuestras instituciones y obras. Para ello, proponen, entre otras cosas, una unión más profunda entre nosotros los jesuitas, y una mayor colaboración con los laicos y laicas. De hecho, plantean para los próximos cinco años su deseo de ver emerger un nuevo sujeto apostólico, formado por jesuitas, laicos y laicas, y religiosos y religiosas que, inspirados y animados por un mismo espíritu y sentido de misión, a través de centros, redes u otras instituciones, se coloquen al servicio de la Iglesia y de la transformación de la sociedad.⁵

Esta colaboración no es nueva en el sector educativo de la Compañía: hace años que el peso sustantivo de las obras educativas recae en laicos y laicas. Sin embargo, lo que se propone ahora como novedoso es que esa colaboración ha de darse de manera horizontal, y compartiendo jesuitas y laicos una misma experiencia espiritual, un mismo cuerpo apostólico y una misma misión cristiana. En otras palabras, que esta colaboración se de de una manera equitativa, sin guardar privilegios para los jesuitas ni reservar espacios de autoridad frente a los laicos. Esto, sin duda, es mucho más complicado, radical y evangélico que tener equipos de laicos subordinados a nuestras determinaciones como jesuitas.

En las universidades tenemos que ir gradualmente caminando hacia el ideal al que nos invitan los Provinciales latinoamericanos. Para que una universidad sea jesuita, ya no se necesita que los puestos principales estén ocupados por jesuitas, ni siquiera que sean los jesuitas los que inspiren la marcha de la universidad. En este nuevo contexto, lo propio de los jesuitas es que se constituyan en garantes de que esa inspiración ignaciana suceda, al mismo tiempo que se mantiene el modelo educativo jesuita. Lo novedoso del planteamiento actual reside en que la dirección y la inspiración de la obra pueden recaer perfectamente en laicos y religiosas o religiosos que, sin ser jesuitas, se identifican con la espiritualidad, el cuerpo y la autoridad apostólica de la Compañía de Jesús, y que actúan conforme a las directrices de esta última en su labor educativa. A los jesuitas nos toca, en todo caso, dar siempre el *Magis* en este cometido y colaborar en la misión que le es propia a los laicos.

De aquí la importancia del Diplomado en Gestión Directiva de Instituciones Educativas de la Compañía de Jesús. Con él estamos construyendo el futuro del sector educativo de la Provincia Mexicana. De aquí también la relevancia que puede tener la construcción de una efectiva Red Apostólica Ignaciana. Esta Red está actualmente en revisión, para considerar, por ejemplo, si no conviene mejor construir redes por sectores, más que por regiones geográficas. La pregunta obedece precisamente a que el motivo y la lógica de la agrupación han de darse en torno a la misión, más que a otra cosa.

⁵ CPAL, Principio y Horizonte de nuestra misión en América Latina, Nos. 9, 10, 20 y 21, Colección CPAL, noviembre 2002, pp. 9-13

VII. Las dificultades

Llevar adelante el modelo de universidad que deseamos no es fácil. Existen múltiples dificultades, tanto internas como externas. Algunas de estas son:

+ *La dependencia económica:* nuestras universidades dependen de las colegiaturas, del capital privado y, en menor medida, de subsidios gubernamentales. Es claro que si la universidad es congruente con lo que dice, se pueden ir cerrando las fuentes de financiamiento. Pero la dinámica de la universidad no puede ser la de “me das-te doy”, sino la de ir afirmando su independencia de pensamiento y su autonomía a cada paso que vaya dando.

+ *La resistencia social, política y religiosa.* Los que detentan el poder o representan el status quo que cuestionamos pueden representar una amenaza para la universidad. Por eso las campañas contra la institución y las personas son comunes. Las presiones se dejan sentir de inmediato en todos los ámbitos.

+ *La resistencia del alumnado.* Ellos y ellas no quieren ser perturbados; sólo quieren ser capacitados para acceder al grado superior o a la universidad. Generalmente se molestan cuando se les proponen problemáticas sociales o desdeñan aquellas reflexiones que rebasan su mera profesionalización.

+ *La resistencia del profesorado.* Esta es casi siempre más pasiva que activa, pero los profesores son mayoritariamente refractarios al cambio y a las nuevas exigencias. Con frecuencia son temerosos de las opciones institucionales, o bien, lejanos de las mismas.

+ *La resistencia de las autoridades.* Esta se da porque una universidad comprometida, un alumnado más conciente y activo, resultan más difíciles de dirigir.

+ *La estructura alienada de la universidad.* La universidad está inserta en un mercado educativo y tiene que ser funcional a ese mercado. Por su naturaleza, la universidad es lejana a la realidad de los pobres y su saber ordinariamente no procede de los intereses del pueblo ni del interés por el desarrollo propio como país o región, sino que procede de las metrópolis y es para el desarrollo del mundo hegemónico. Esto hay que aceptarlo como un hecho indiscutible.

Pero no obstante todo lo anterior, construir una universidad de inspiración cristiana tal cual la proclama la Compañía de Jesús es lo único que puede justificar moralmente nuestra presencia en la educación superior.

Efectivamente, educar es un hecho necesario, y la universidad como instrumento de formación de profesionales tiene todavía un lugar privilegiado en el mundo. La

universidad probablemente existirá siempre, al margen de nuestra voluntad o de nuestra presencia en ella. Esta presencia sería inmoral si la educación que ofrecemos tendiera a perpetuar la situación de grave injusticia de nuestros países. Neutralizar sus posibles males formando nuevas actitudes y conductas sociales es un bien que justifica nuestra presencia.

La universidad jesuita puede, desde ya y a pesar de las dificultades señaladas:

- dar legitimidad a quienes pugnan por una sociedad plural, incluyente, distinta,
- ayudar a debilitar resistencias personales al cambio,
- contribuir a disminuir temores a un cambio social, a lo diverso,
- generar profesores honestos que educan para la justicia,
- ofrecer una voz a los que no tienen voz; abrir espacios para que los pobres y excluidos hagan oír su palabra,
- abrir horizontes amplios y diversos a nuestros alumnos.

De hecho, existen en nuestro Sistema Universitario Jesuita logros consolidados en esta dirección, y no es bueno que los pasemos por alto. Tenemos, por ejemplo:

- un modelo distinto de universidad privada, al que hemos definido como universidad pública de gestión privada;
- hemos desarrollado y fortalecido, a pesar de todas las presiones, el carácter no lucrativo de la universidad;
- analizamos temas nacionales relevantes para las mayorías;
- eventualmente hemos ofrecido una voz independiente sobre situaciones que atañen a la fe y a la justicia;
- hemos aportado también profesionales honestos que apoyan el cambio;
- intentamos formar a nuestros estudiantes para la justicia;
- pocas veces –pero lo hemos hecho- hemos abierto espacios para que los pobres y excluidos hagan oír su palabra;
- nuestras instituciones han apoyado a algunos sectores excluidos o marginados con proyectos de intervención y desarrollo;
- en las sociedades en las que nos insertamos hemos abierto horizontes diversos a los hegemónicos, al deber ser social, a lo establecido. Y esto en prácticamente todas las esferas de la realidad histórica.

Con este enlistado lo que intento decir es que la universidad que deseamos construir, que propone la Compañía de Jesús, que es fiel servidora del Evangelio, es totalmente factible. Que los titubeos sobre sus finalidades y sobre sus opciones no pueden tener lugar en ella.

VIII. Nuestros principales desafíos

No hay que olvidar, entonces, por qué y para qué entró la Compañía en la educación y por qué y para qué seguimos en ella: para realizar la misión fe-justicia.

Si en la práctica no podemos, por las razones que sean, formar hombres y mujeres con y para los demás, ofrecer una palabra profesional y esperanzada para la transformación de lo real, o actuar con libertad como fuerza social en el trabajo por un mundo nuevo; si en los hechos no podemos formar íntegramente personas que, desde su fe, sean críticas y solidarias, ni comprometernos con otros apostolados de la Compañía de Jesús en México, creo sinceramente que habría que dejar el trabajo universitario, que tendríamos que entregar las universidades a quienes puedan llevarlas adelante. Nuestras universidades no son para crecer por crecer, ni para hacer negocio o para tener influencia social; no son, ni siquiera, únicamente para formar profesionistas. Eso lo hacen mejor otros muchos grupos políticos o empresariales.

Consecuentemente:

1. El cambio en nuestras universidades en la dirección fe-justicia no provendrá fundamentalmente del hecho de admitir más pobres en ellas (hay limitaciones muy evidentes para ello), sino de la transformación que puedan vivir en actitudes y valores nuestros alumnos y alumnas, nuestros profesores y funcionarios. Como decía el P. Ellacuría de los estudiantes: nos importa más a dónde van que de dónde vienen.
2. Queremos universidades orientadas a valores (*value oriented*) y no orientados al mercado (*market oriented*). Probablemente nuestra oferta curricular y co-curricular deba estar a medio camino entre nuestras finalidades y nuestra propuesta social por un lado, y las exigencias del mercado, por otro. Como quiera que sea, nuestra propuesta social tiene asegurado todavía, por sí misma, un “nicho de mercado” preciso y precioso, hecho de personas que sueñan y pretenden un mundo mejor, más humano y fraterno.
3. Es necesario, con todo, resolver el problema del financiamiento, de suerte que se vaya alcanzando gradualmente una mayor autonomía. Necesitamos procurar una mayor independencia respecto de aquellos sectores que son favorecidos por el estado actual de las cosas. Así, el contacto con los pobres y excluidos debe ser un principio de autonomía frente a la atmósfera social reinante en el medio universitario y en la sociedad toda. Es, además, una necesidad ética de toda universidad histórica hoy.
4. Los medios que se adoptan en la gestión institucional no pueden contradecir los fines que postulan nuestras orientaciones fundamentales, nuestros idearios, nuestras finalidades. La coherencia y el adecuado funcionamiento de la institución son condición de posibilidad para obtener esos fines.

IX. Conclusiones

La universal Compañía de Jesús apuesta a que es posible una universidad distinta, al servicio de la fe y de la promoción de la justicia. Los jesuitas seguimos considerando que lo universitario puede contribuir eficazmente a llevar adelante la misión de la que

somos portadores. Reconocemos las múltiples determinaciones de la universidad en tanto que institución compleja y eminentemente social, y pretendemos que vaya logrando su autonomía plena.

Esta es nuestra vocación, este es nuestro llamado. Con el esfuerzo, la inteligencia y la voluntad de todos y todas estamos caminando en la dirección correcta. La invitación es a seguir trabajando juntos, a fortalecernos unos a otros, a animarnos para construir esa universidad que hoy requiere esa realidad compleja que, como Palabra de Dios, nos urge a cada paso.

Muchas gracias.